

Los órdenes del amor entre padres e hijos

La **necesidad de pertenencia o vinculación** a nuestro sistema familiar no es solamente un sentimiento humano, es instintiva. Se trata de algo práctico ya que asegura nuestra vinculación a la familia de origen y a los grupos importantes en nuestra vida. La conciencia personal vigila que cuidemos esta pertenencia.

Siempre que hacemos algo que arriesga la pertenencia a nuestros grupos esenciales nos sentimos mal, tenemos una mala conciencia. Esta mala conciencia es tan desagradable que nos fuerza a cambiar la conducta para asegurar nuestra pertenencia.

El niño se integra sin cuestionamiento a su grupo de origen, con todo y las consecuencias que pueda tener en su vida. Depende de él con una fuerza y un compromiso que se asemejan a un sello, siente esta vinculación como amor y felicidad, independientemente de su potencial para crecer o perecer en este grupo y de cómo y qué son sus papás. Por eso encontramos niños que, a pesar de sufrir el maltrato de sus padres, permanecen leales a ellos. El niño sabe que pertenece a este grupo familiar. Este conocimiento y este vínculo es el Amor: el Amor Original o Primario. Esta vinculación es tan profunda que el niño está dispuesto a dar por ella su vida y su felicidad. Se trata de un amor ciego.

Hellinger sostiene que detrás de todo comportamiento siempre actúa el amor, aunque parezca bizarro. En la conciencia personal, la necesidad de inocencia en la vinculación es la más profunda de todas y tiene prioridad por encima de la razón o la moral. La inocencia en este sentido no significa otra cosa que estar seguro de pertenecer. Para tener esta sensación de inocencia los niños sacrifican todo, la pertenencia se vuelve más importante que la propia vida y la sensación de inocencia se transforma en la propia felicidad y salud. Experimentamos la inocencia en la vinculación como gran felicidad y la culpa como lo más doloroso.

Los órdenes del amor entre padres e hijos

Uno tiene buena conciencia si se comporta de manera que pueda estar seguro de tener aún el derecho de pertenecer al grupo. Tenemos mala conciencia cuando nuestro comportamiento nos hace temer la pérdida del derecho de pertenencia. La culpa en este caso se siente como miedo a sufrir una exclusión y alejamiento; la inocencia como cobijo y cercanía. Tanto la buena conciencia como la mala conciencia nos arrastran en una misma dirección: asegurar la vinculación al grupo.

Existe en cada uno de nosotros **la necesidad de llegar a un equilibrio entre el dar y el tomar** y entre ganar y perder que nos hace buscar siempre la compensación. En el dar y tomar se experimenta la culpa como obligación y la inocencia como libertad de obligaciones.

Siempre que recibimos algo tenemos una sensación de desagrado, porque nos sentimos comprometidos, en deuda. Esto nos lleva a dar algo a cambio a manera de compensar y así se da el intercambio. Cuando esta **necesidad de compensación** está vinculada con la necesidad de pertenencia y amor, se incrementa el intercambio. Esta necesidad de compensar existe también cuando se trata de algo pesado o difícil. Cuando alguien nos hace algún mal queremos compensar mediante la venganza y tener la razón, porque queremos ser inocentes. Cuando recibimos algo de la otra persona, aunque sea algo bueno, perdemos un poco nuestra independencia. Entonces surge la necesidad del equilibrio y, para compensar, se devuelve preferentemente un poco más, lo cual causa otro desequilibrio en el dar y recibir, y así sucesivamente. El dador y el receptor no están tranquilos hasta que no lleguen a un equilibrio, hasta que el receptor da algo y el dador recibe algo equivalente.

Entre padres e hijos este equilibrio no es posible, porque el dar y recibir solamente es posible entre iguales. Los hijos no pueden devolverles a los padres algo equivalente a la vida que les dieron, aunque así lo deseen. Los hijos siempre sienten una deuda con los padres, por eso no pueden soltarlos. Ante esta situación, una solución puede ser que los hijos lo den a otros (a sus propios hijos, a la siguiente generación o involucrándose por otros). A este respecto,

Los órdenes del amor entre padres e hijos

Hellinger hace énfasis en la necesidad de agradecer para restablecer el equilibrio con la siguiente frase: "Tomo con alegría, lo tomo con amor, te honro". Quien agradece reconoce: "Me das independientemente de que alguna vez te lo devolveré y lo tomo de ti como regalo". A su vez, quien recibe el agradecimiento dice: "Tu amor y el reconocimiento de tu regalo son más que cualquier cosa que podrías aún darme". La necesidad de equilibrio dentro del sistema familiar es el motivo de la tendencia a compensar con sufrimiento o expiación de culpas (reales o imaginarias, propias y ajenas) o viviendo el destino desafortunado de algún otro miembro de la familia, del clan o del pueblo al que pertenece la persona. Inconscientemente se busca llegar al equilibrio, resultando en el sufrimiento en vez de encontrarlo mediante el bien, el respeto y el amor.

La tercera **necesidad es el orden**, es decir, que las relaciones en cada grupo siguen cierto orden. Cuando nos desviamos de esta regla generalmente tenemos una mala conciencia. Aquí se siente la culpa como infracción y castigo, y la inocencia como lealtad y fidelidad. Aunque no percibimos esta necesidad tan fuertemente como las otras dos, tendremos una mala conciencia. Cuando coincidimos con las reglas del grupo nos sentimos con buena conciencia. Este orden se refiere a las reglas que guían la convivencia dentro de un grupo: las normas, los ritos, las creencias, los tabúes. Un vínculo dentro de un sistema necesita orden y estructura. Es el orden explícito. Detrás existen diferentes formas de orden que son dadas.

¿Por qué es tan importante reinstalar el orden en las familias? Porque este orden son leyes de la vida. No es un orden inventado o que uno exige porque piensa que el mundo podría mejorar con él.

En una familia se ve que los padres dan la vida y los hijos la reciben de ellos. Por eso es parte del orden que se reconozca que los padres son grandes y los hijos son pequeños y que los padres dan y los hijos toman. Cuando un hijo rechaza a sus padres y les dice: "tal como son

Los órdenes del amor entre padres e hijos

no los tomo" está atacando el orden. Este hijo no reconoce la realidad: que recibió la vida justo de estos padres y que de ninguna manera puede tener otros padres. Al hacer algo así, un hijo se cierra y se siente vacío. Por el contrario, cuando un hijo reconoce: "estos son mis padres y son los correctos para mí, tal como son y yo soy correcto porque tengo justo estos padres", entonces un hijo abre su corazón y se siente rico, independientemente de cómo sean sus padres. No basta con reconocer solo a los propios padres. En los órdenes del amor, detrás de ellos están sus progenitores y detrás los abuelos. Para que cada uno de nosotros pudiera nacer, hubo antes una larga cadena de generaciones de parejas que tuvieron que vincularse.

También es parte del orden reconocer el lugar que ocupa cada uno. Entre hermanos está antes el que llegó primero, aunque no esté presente o sea medio hermano. La pareja actual tiene prioridad ante la pareja anterior, pero la pareja anterior estuvo antes en la vida del otro. El orden de precedencia no puede ser alterado porque es un orden natural.

A estas leyes de vinculación, equilibrio y orden, Hellinger las llama los Órdenes del Amor. Son distintas en cada sistema porque cada uno tiene su propia conciencia. En las Constelaciones Familiares estos órdenes surgen a la luz y podemos ver cómo la trasgresión de ellos tiene un efecto perjudicial para los miembros de una familia.

TOMAR AL PADRE Y TOMAR A LA MADRE

Existe la idea generalizada de que los padres deben ganarse el derecho a que los hijos los tomen y reconozcan. Cuando los hijos no toman ni reconocen a sus padres, fundamentan su negación acusándolos de no haberles dado lo correcto o que ha sido demasiado poco. Se justifican con los errores del dador y condicionan su reconocimiento. Sustituyen el tomar con exigir y el respeto con la acusación.

Los órdenes del amor entre padres e hijos

Se ha visto que los hijos que hacen esto se quedan en la inercia y se sienten vacíos. Es un gran error que los hijos exijan algo más a los padres y, si no se los dan, se niegan a aceptarlos y no los respetan. Cuando hacen esto están trastornando la realidad. Los padres son tal como son y esto no puede ser de una manera distinta. Los padres merecen reconocimiento por el solo hecho de haber dado la vida y solo por esto.

No se puede estar en paz con uno mismo si no se está en paz con los propios padres. Para esto uno debe tomarlos tal como son. Cuando un hijo se niega a tomar de sus padres se siente incompleto y buscará compensar esta falta. Ningún hijo tiene derecho sobre la herencia de sus padres ni estos tienen ninguna obligación de heredarle sus bienes. Si los padres deciden heredar algo a sus hijos, esto se debe tomar como un regalo inmerecido y agradecerlo como tal. Cada uno ha tenido el padre y la madre adecuados. Cuando tienes un padre, lo tienes tal como es y él es exactamente el padre correcto. Con tu madre pasa lo mismo. Ninguno necesita ni puede ser diferente. Nadie se convierte en madre y padre por sus características morales, sino a través de la ejecución de un acto: el de dar la vida y esto ya está dado. Los que se enfrentan a la ejecución de este acto están vinculados con un gran orden, al cual sirven, independientemente de sus cualidades morales. Los padres merecen el reconocimiento como padres por la ejecución de este acto y solamente por esto mismo. Así, lo que los padres hacen al inicio cuenta más que lo que hagan después. Lo esencial que nos llega de nuestros padres nos llega desde la fecundación y por el parto. Todo lo que los padres den después es añadidura y, en realidad, puede hacerlo cualquier otra persona.

Referencia:

Lammoglia, E., & Robl, I. (2008) *Secretos de familia. Constelaciones familiares: nuevas soluciones para fortalecer tu vida.* México. Grijalbo.